

## MORÓN

¡El oro!.. ¡España!.. ¡Me muero!..  
¡Presto, presto...! ¡Confesión!...

(Expira, mientras se escuchan los rumores de los soldados que, capitaneados por Escudero y Cermeño, penetran tumultuosamente por la izquierda.)

## Escena décima

Escudero, Cermeño, Escobar, Peralvillo, Marineros  
y Soldados

## ESCUADERO

Se escucharon cuchilladas  
resonar por este lado...

## CERMEÑO

(Mirando el cadáver de  
Morón.)

Ved!... Un hombre asesinado!...

## ESCOBAR

(Todos se arremolinan.)

¡Un hombre muerto!...

ESCUADERO

¡A estocadas!...

PERALVILLO

¡Le asesinaron!...

CERMEÑO

¡Ya ves!...

SOLDADOS

(Gritando.)

¡Un hombre muerto!.. ¡Traición!...

ESCUADERO

(Reconociendo a Morón.)

¡A la puerta de Cortés  
han dado muerte a Morón!...

CERMEÑO

¡Vengüemos a nuestro hermano!...

ESCUADERO

(Desenvainando la espada.  
Todos le imitan.)

¡Juremos no abandonar  
este acero de la mano  
hasta poderle vengar!...

CERMEÑO

¡Castiguemos la traición  
y embarquémonos después!..

VOCES

¡Muera, muera Hernán Cortés!...

ESCUADERO

¡Venganza para Morón!...

(Algunos soldados separan  
el cadáver de la puerta. To-  
dos gritan y gesticulan, esgri-

miendo sus picas y sus espadas.)

VOCES

¡Muera el tirano! ¡El asesino muera!

CERMEÑO

¡Asaltemos la casa, y al raposo cacemos en su misma madriguera!...

ESCUADERO

¡Acosadle sin treguas ni reposo!...

CERMEÑO

¡Quemadle vivo, y en la misma pira arda también Malinche, la hechicera!....

VOCES

¡A la hoguera arrojadlos!... ¡A la hoguera!

(Todos se dirigen a la casa, cuando aparece en los umbrales, con la cruz alzada, la grave y austera figura de fray Bartolomé de Olmedo.)

Escena once

Dichos y fray Bartolomé de Olmedo

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Interponiéndose)

¡En el nombre de Dios!.. ¡Su santa ira caiga sobre la frente del que osado, se atreva a traspasar estos umbrales!...

CERMEÑO

¡Dejadnos paso, padre!...

ESCUADERO

Asesinado

cayó Morón, y a su amistad leales, todos vengar su muerte hemos jurado!..

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡La venganza!...

ESCUADERO

Con ella se redimen  
crímenes que quedaron sin castigo!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡No se castiga el crimen con el crimen!...

VOCES

¡Muera el usurpador! ¡Muera! ¡A la casa!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Presentando la cruz a las  
turbas que, armadas, se arre-  
molinan para entrar en la  
casa.)

¡La enseña del Señor está conmigo,  
y el umbral de esa puerta nadie pasa!...

¡Cesad en vuestros torpes desvaríos!...  
La cruz extiende sus divinos brazos,  
y antes que penetrar, tendréis, ¡impíos!,  
que hacer la enseña de Jesús pedazos!...  
¡En el nombre de Dios, no penetréis!...

ESCUADERO

¡En el nombre de Dios, dadnos entrada,  
padre Bartolomé, si no queréis  
mirar su santa enseña profanada!...

VOCES

¡Muera Cortés!.... ¡Muera el tirano!...  
(¡Muera!

## Escena doce

Dichos. Hernán Cortés y luego Malinche.

## HERNÁN CORTÉS

(Apareciendo en los umbrales y apartando al padre Bartolomé; Malinche le sigue como una sombra.)

¿Qué furor acomete a mis guerreros?..

(Todos lo cercan amenazantes; una pica le roza el rostro.)

¡Apartad esa pica, que pudiera herirme sin querer!...

(Desvía la pica serenamente. Los soldados retroceden un poco, sin dejar su actitud agresiva.)

Esos aceros,  
¿por qué esgrimís airados? ¿Qué enemigo  
nos amenaza?... ¿De la serranía,  
dejando de sus breñas el abrigo,  
descendieron los indios, cual jauría  
hambrienta, a devorarnos?.... ¿Qué que-  
(réis?

## VOCES

¡Muera el usurpador!... ¡Muera!...

## HERNÁN CORTÉS

## Vendidos

al oro de Velázquez, ¿pretendéis  
trocaros de soldados en bandidos?...  
¡Mi vida en vuestras manos la tenéis!...  
Aquí mi pecho está, sin más coraza  
que este jubón de seda adamascado...  
¡Venid, y consumad vuestra amenaza,  
que a vosotros me entrego desarmado!....

(Arroja el acero y la daga.)

Ved, mi espada y mi daga... ¡No las quiero,  
porque su limpio y refulgente acero,

que templaron los yunques toledanos  
y ennoblecieron en la lid las manos  
del que siempre precióse caballero,  
pues caballeros fueron sus mayores,  
se envilece, se enturbia y se profana  
al teñirse en la sangre que villana  
refluye al corazón de los traidores!...  
El noble sólo con el noble lidia  
y muere al golpe del puñal aleve!...  
¿Ninguna mano a consumir se atreve  
el torpe crimen que fraguó la envidia?...

(Reparando en Escobar,  
el pajecillo, y atrayéndole a  
su lado.)

Tú, pajecico de Velázquez, eres  
bello y joven... Con oro, ser podrías  
en la loca embriaguez de las orgías,  
favorito de todas las mujeres!...  
Sólo un pequeño esfuerzo de esta mano,

(Tomándosela.)

un golpe nada más, y serás rico,  
y trocado en señor el pajecico,  
podrás pisar el suelo castellano,

y comprar, con el precio de mi vida,  
 un castillo en lo alto de unas peñas,  
 solar de nueva estirpe esclarecida,  
 y hasta el amor de la mujer querida,  
 con la que, a veces, ojeroso, sueñas!...  
 ¡Ven, y gánate el premio de tu amo,  
 arrojando a sus pies, en sangre tinto,  
 ese puñal que pende del recamo  
 tachonado de perlas, de tu cinto!...  
 Serás envidia de las dos Castillas,  
 y tu existencia una ilusión de flores  
 y un desgranar de perlas tu camino!...

(Mirándole fijamente. El  
 pajecillo baja la frente aver-  
 gonzado.)

¿Se encienden de vergüenza tus mejillas?...  
 ¡Tú no puedes medrar entre traidores,  
 pues no tienes valor para asesino!...

(Lo rechaza. Después se  
 fija en Peralvillo.)

¡Ven acá, tú, forzado, que inclinado  
 sobre el banco y el remo, sangre sudas

bajo los golpes del comitre airado!...  
 Tanto dolor como sufriste, ha dado  
 algo a tu rostro de la faz de Judas!...  
 ¿De qué horca, con vida, has escapado,  
 que al contemplar tu aspecto, en un sendero,  
 mezcla de pordiosero y de gitano,  
 los mastines te ladran, y el viajero  
 por instinto acaricia, con su mano,  
 los largos gavilanes de su acero?...  
 Con sólo descargar sobre mi frente  
 el peso de esa maza, tú podrías  
 cobrar tu libertad, y nuevamente  
 a la remota patria tornarías,  
 sobre la prora de una carabela,  
 estallante de oro la escarcela  
 y húmedas las pupilas de ternura,  
 ansiando distinguir en la verdura  
 de tu nativa y áspera montaña  
 el blancor familiar de tu cabaña,  
 donde espera la esposa tu regreso,  
 y los niños aguardan tus rodillas,  
 para que puedas, entre beso y beso,  
 relatarles las áureas maravillas  
 que admiraste en tu errar de peregrino,

mientras mugen de amor, en el camino,  
 ramoneando zarzas, las novillas!...  
 ¡Aquí estoy desarmado!... Todas esas  
 dulces felicidades que has perdido  
 y que aún dentro del alma están impresas,  
 las puedes recobrar... ¡Alza, atrevido,  
 tu maza sobre mí, y habrás logrado,  
 no sólo poseer cuanto tenías,  
 sino también lograr cuanto has soñado,  
 trocando en realidad tus fantasías!...  
 ¿Por qué se apaga tu mirada fiera  
 y rechinan tus dientes de coraje,  
 cual si fuesen mis frases un ultraje,  
 que en plena faz, como un baldón, te hiriera?

(Rechazándole.)

¡Vuelve otra vez, forzado, a tu galera!...  
 ¡Remar y padecer es tu destino!...  
 ¡No les sirves tampoco, que si algo  
 falta a tu alma para ser hidalgo,  
 te sobra corazón para asesino!...  
 ¡Todos fallaron en la horrible prueba,  
 dejando en salvo el español decoro,  
 pues no ha habido ninguno que se atreva

a herir por plata ni a matar por oro!...  
 ¡Cermeño y Escudero, servidores  
 de Velázquez, vosotros habéis sido  
 de este cobarde plan los promotores!....

CERMEÑO

¡Perdónanos, señor!...

ESCUADERO

¡Perdón y olvido!..

(Intentan arrojar a sus  
 plantas; Cortés los rechaza.)

HERNÁN CORTÉS

(A los soldados que, domi-  
 nados por su actitud, lo con-  
 templan con respeto y admi-  
 ración.)

¡Soldados, os entrego a los traidores!...  
 Si ellos quisieron mancillar la gloria  
 de los nobles leones castellanos,  
 para escarmiento eterno de la Historia,  
 ahorcados morirán a vuestras manos!...

**Escena última**

Dielos y Bernal Díaz del Castillo

**BERNAL DÍAZ**

(Entrando precipitadamente por el fondo. Sobre el azul del mar, resplandecen los navíos, entre las llamas del incendio, como en una apoteosis purificadora de fuego. Todos miran con asombro y espanto.)

¡Mirad, el horizonte resplandece!...  
¡Ardiendo están las naves españolas!...  
El mar estalla en llamas, y parece  
que arden, al par, las naves y las olas!

## BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Derrúmbanse los altos masteleros;  
retuércense en las llamas, hechos trizas,  
y en el aire se elevan sus cenizas  
consteladas de chispas de luceros!...

## HERNÁN CORTÉS

(Elevándose sobre todos, en  
un sublime arranque de he-  
roísmo. Con las manos ten-  
didas hacia el mar; donde el  
incendio de las naves es cada  
instante más violento.)

El humo asciende hacia el azul del cielo,  
llameante de fervor, como el anhelo  
de una oración que hasta la gloria sube!..  
¡Con las chispas de oro de esa nube  
que en el azul se pierde diluída,  
disipóse por siempre, en lo imprevisto,  
vuestra última esperanza de salida  
de esta tierra feraz, rica y extraña,  
donde he plantado el lábaro de Cristo,  
junto al invicto pabellón de España!...

El mar salobre nos cerró el camino;  
el enemigo atájanos la sierra...  
¡Desde hoy, trabados en perpetua guerra,  
es triunfar o morir nuestro destino!...

(Dirigiéndose a Malinche,  
que durante las escenas an-  
teriores ha permanecido en  
los umbrales de la casa, si-  
guiendo emocionada las pa-  
labras de Cortés.)

¡Ven, Malinche! Ante todos te proclamo,  
como a esta tierra, mía hasta la muerte,  
y contra todos juro defenderte!..  
¡Amame con la fe con que te amo!...

(La estrecha en sus brazos.)

¡Bésame más, porque al besarme, en esos  
labios me quemán los ardientes besos  
de esa raza de altivos ademanes,  
de piel de bronce y ojos soñadores,  
que en su interior encierra más ardores  
que el ígneo corazón de sus volcanes!...

(Dirigiéndose a todos.)

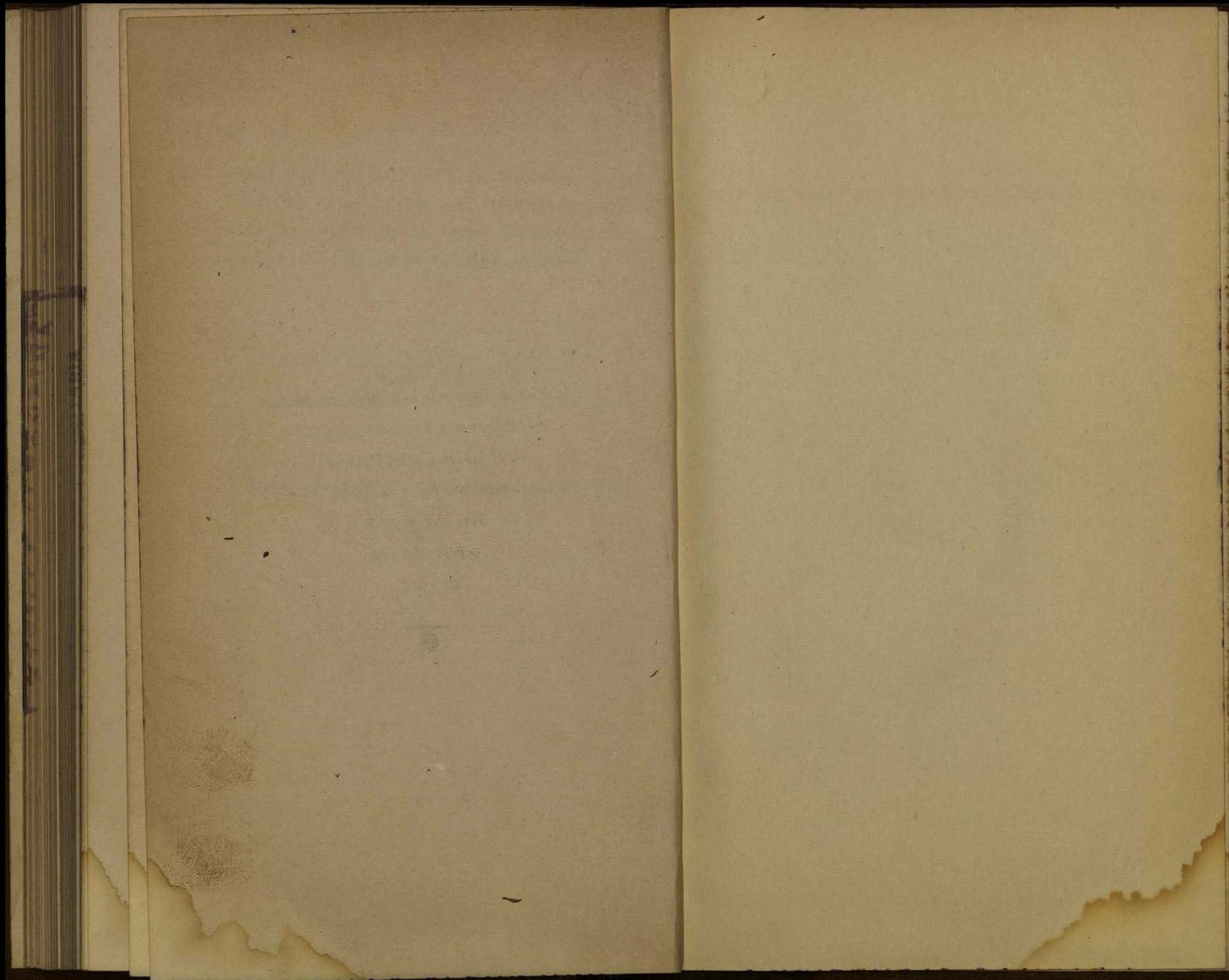
Cuna del porvenir será su entraña,  
y veréis cómo heroica se renueva  
el alma férrea de la vieja España  
en los crisoles de la España nueva!...

TELÓN RÁPIDO

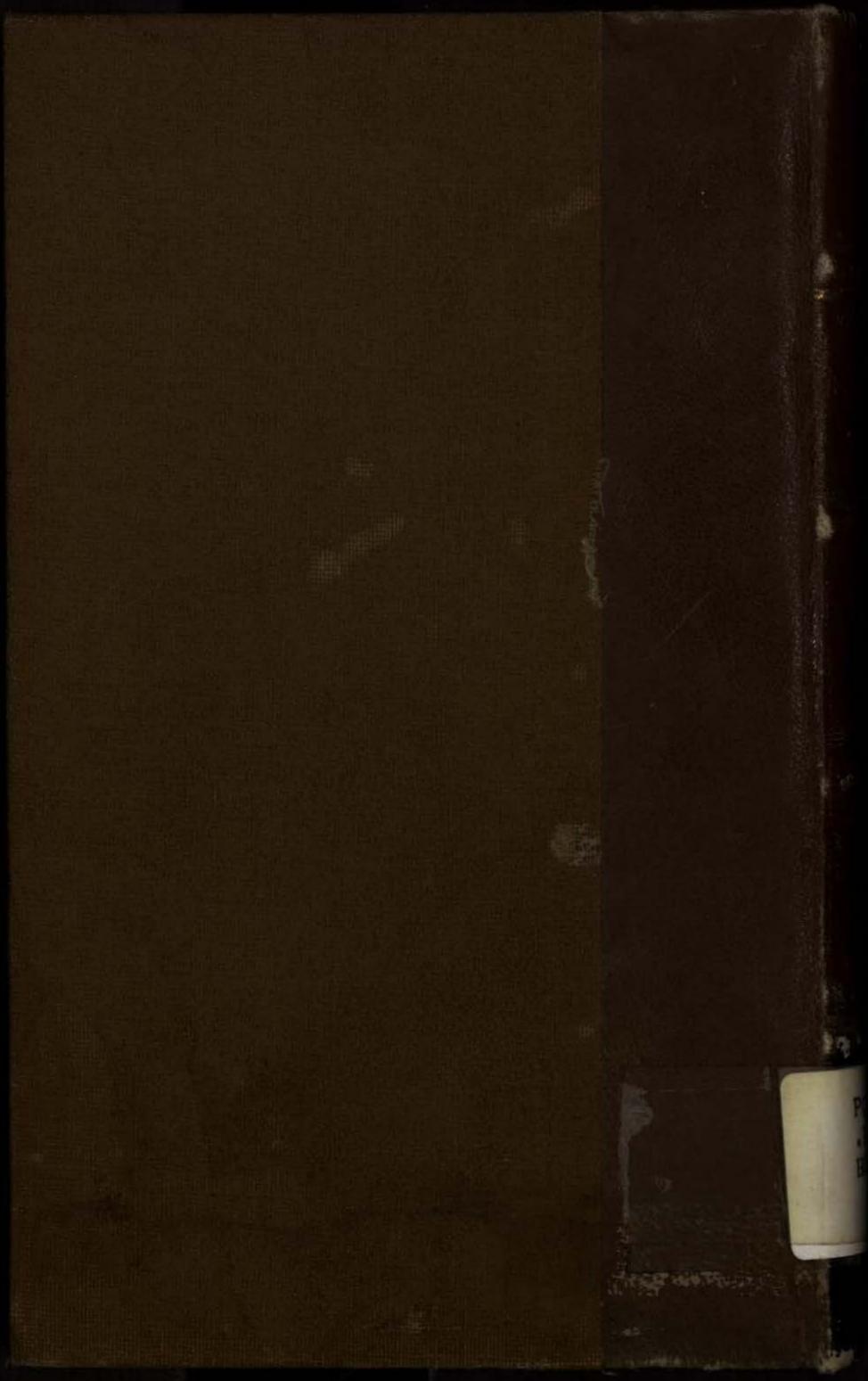
México, D. F., a 2 de agosto de 1917.

*Acabóse de imprimir este libro en México  
en la Imprenta Francesa, situada  
en el Jardín Carlos Pacheco,  
números 1 y 3, a los 2  
días del mes de  
octubre del año  
de 1917.*









P  
E